

Domingo 2: La Ley como Espejo para Mostrarnos Nuestra Miseria

Preguntas y Respuestas 3-5

Lectura: Romanos 3:1-20

Salterios:

Primero: 372:1,2

Segundo: 42:1,3,4

Tercero: 102:1-5

Cuarto: 140:1,2,3

Último: 111:4

Querida congregación,

¿Cuántas veces al día nos miramos en el espejo para comprobar si nos vemos bien? Es cierto que algunos son más propensos a la vanidad que otros, pero a todos nos gusta causar una buena y grata impresión a quienes nos rodean. Hoy, sin embargo, el Señor pondrá otro espejo ante nosotros. Es el espejo de Su Palabra, el espejo de Su ley. Piensen solamente en lo que hemos leído de Romanos 3. Allí podemos ver una foto espiritual de nosotros. Allí somos retratados tal como realmente somos. Es cierto que podemos mantener una apariencia piadosa ante los hombres, pero no podemos ocultar nada de Dios. Él conoce nuestro ser más profundo. ¿Somos realmente conscientes de ello?

Que el Señor nos dé luz para vernos como realmente somos —no como *deseamos* ser, sino como *hemos llegado a ser* debido al pecado. Por eso, necesitamos la ley de Dios, porque el apóstol Pablo dice: “*porque por la ley es el conocimiento del pecado*” (Romanos 3:20). Eso, en resumen, es lo que escucharemos hoy de nuestro Catecismo de Heidelberg, Domingo 2. Con la ayuda de Dios, queremos prestar nuestra atención al Domingo 2, que lleva como título: “Primera parte: de la miseria del hombre”.

Pregunta 3: ¿Cómo conoces tu miseria?

Respuesta: Por la Ley de Dios.

Pregunta 4: ¿Qué pide la Ley de Dios de nosotros?

Respuesta: Cristo nos lo enseña sumariamente en Mateo cap. 22:37-40: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas.*

Pregunta 5: ¿Puedes cumplir todo esto perfectamente?

Respuesta: No; porque por naturaleza estoy inclinado a aborrecer a Dios y a mi prójimo.

Congregación, aquí encontramos:

La Ley como Espejo para Mostrarnos Nuestra Miseria

1. La ley dada por Dios
2. La ley requiriendo el amor
3. La ley en conflicto con nuestra vida

Lo repito: La ley como espejo para mostrarnos nuestra miseria. En primer lugar, considerada como dada por Dios, en segundo lugar, requiriendo el amor, y, en tercer lugar, la ley en conflicto con nuestra vida.

Primer pensamiento. La ley dada por Dios.

La última vez, querida congregación, vimos las tres cosas necesarias para la salvación. ¿Las recuerdan? La miseria, la liberación y la gratitud: estas son las tres cosas que debemos conocer para gozar del único consuelo en la vida y en la muerte. Hoy el Catecismo comienza con el primer asunto: la miseria. En la versión holandesa, encontramos una palabra que denota que alguien ha sido exiliado de su tierra. Está afuera de su patria. Por ejemplo, cuando Absalón mató a su hermano Amnón, ya no podía quedarse en su propio país. Ya no se le permitía ni ver el rostro de su padre. Fue desterrado. Fue exiliado a Gesur, la tierra de donde provenía su madre. Allí tuvo que quedarse: fuera de su tierra. En resumen, era un miserable exiliado. Había sido cortado de la casa de su padre.

Congregación, ¿no es exactamente esta nuestra condición en el sentido espiritual? ¿No fueron Adán y Eva desterrados de la casa de su Padre? ¿No fue el hombre destituido de la gloria de Dios? ¿No hemos sido exiliados por un Dios justo y desterrados de delante de Él debido a nuestros pecados? Ya no vivimos con Dios ni para Dios. Somos miserables. Eso quiere decir: separados de Dios y yaciendo en nuestra culpa, corrompidos en nuestros corazones y llenos de odio en nuestras vidas. Lo decimos con temblor, pero un animal está en una mejor situación que un hombre. Jóvenes, ¿alguna vez han escuchado a un pájaro cantar y han pensado: “Ese pájaro es más feliz que yo. Ese pájaro sigue cantando para la gloria de Dios, y yo no; yo ya no puedo hacerlo. Ese pájaro no tiene un alma; pero yo tengo un alma que nunca muere. Estoy perdido; estoy desterrado; soy miserable, y no es la culpa de Dios. Es mi propia culpa”? Nuestra miseria, en primer lugar, no consiste en que debamos morir *físicamente*, sino en que ya hemos muerto *espiritualmente*. Nuestra miseria es que no vivimos para Dios, y que estamos separados de Su comunión.

Ahora, el instructor nos hace una pregunta: “¿Cómo conoces tu miseria?” ¿Cómo *conoces* tu miseria? ¿Cómo conoces tu miseria? ¡Eso es digno de ser notado! La pregunta no es: “¿eres miserable?”, sino: “¿Cómo conoces tu miseria?” Tú *eres* miserable, ¿pero te *preocupa* eso? ¿Te pone triste eso? ¿Deseas ser librado de tu miseria y has llegado a ver que, sin Dios, esto nunca podría ser posible? Oh, oyentes, por naturaleza somos ciegos a nuestra miseria. Tal vez sepamos un poco acerca de lo que es la tristeza. Probablemente todos sepamos lo que es tener tristeza y preocupaciones, pero no comprendemos en qué consiste realmente nuestra miseria. Ni nos damos cuenta de que Dios no es el culpable, sino que nosotros mismos somos la causa de nuestro estado perdido y de toda la miseria en este mundo. Somos ciegos, y no lo sabemos. ¿No dijo el Señor Jesús a la iglesia de Laodicea: “*Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado y miserable y pobre y ciego y desnudo*” (Apocalipsis 3:17)? El Rev. Hellenbroek dice: “Nuestra miseria más grande es que no *conocemos* nuestra miseria.” Un ejemplo nos ayudará a entenderlo. Alguien está muy enfermo y está por fallecer. Sin embargo, no se da cuenta de que está enfermo y al borde de la muerte; ni siquiera siente dolor. ¡Qué lamentable es la condición de tal persona! Eso es lo que el Rev. Hellenbroek quería decir, que somos ciegos ante nuestra necesidad, espiritual y voluntariamente ciegos a nuestra condición perdida.

“¿Cómo conoces tu miseria?” Sabemos mucho hoy en día. El hombre ha hecho progresado bastante en el ámbito de la ciencia y la tecnología. A veces nuestra época es llamada “La Era de la Información”, pero cuando se trata de conocer nuestra miseria, el hombre sigue siendo tan ignorante como lo era hace mil años. El hombre moderno puede ascender a los cielos. Es capaz de viajar incluso hasta la Luna, pero no sabe cómo *descender* a lo profundo de su propio corazón. En ese ámbito, es tan ignorante como siempre.

¿Cómo, entonces, llegamos al conocimiento de nuestra miseria? Nuestro Catecismo dice: “Por la ley de Dios”. No es por mirar a otras personas. No es por considerar las experiencias que hemos pasado en la vida. No es simplemente por escuchar a nuestra conciencia. Se debe derivar de la ley de Dios. Esa es la respuesta del Catecismo.

Aprendemos a conocer nuestra miseria “por la ley de Dios”. En sus pensamientos subrayen esa última palabra. No dice “por la ley”, sino “por la ley de *Dios*”. Así deberíamos considerar la ley, es decir, como dada por Dios. No deberíamos separar la ley de su Legislador. Dios es quien la dio. La ley no es simplemente una lista de cosas que se deben y no se deben hacer, sino la expresión de la voluntad de Dios, de Su ser, de Su corazón. ¡Es la ley de *Dios*! Si transgredimos la ley, pecamos contra Dios. Si quebranto los mandamientos de Dios, entristezco al Señor, lo provocho a la ira y atento contra Su honor. Así de grave es el pecado, congregación. ¿Ya les ha sido revelado?

Oh, cuán necesario es que no solo hablemos de ello, sino que, por la operación del Espíritu de Dios, consideremos nuestros pecados como cometidos contra un Dios santo, justo y bondadoso quien nunca hizo mal alguno contra nosotros. Debemos ser confrontados por Él. Debemos ser convocados ante Su tribunal, ante el estrado de Su justicia. Es solamente por ese encuentro vivo con un Dios santo que comenzamos a ver un poco de lo que realmente es el pecado. Tan pronto como el profeta Isaías vio a Dios en Su santuario, exclamó: *“¡Ay de mí, que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos”* (Isaías 6:5). ¿Entiende usted un poco de lo que sintió Isaías? ¿Sabe lo que es llorar por haber pecado contra Dios y ser incapaz de repararlo, darse cuenta de que no puede mantenerse en pie *ante* Él y, sin embargo, sentir que no puede seguir *sin* Él?

Congregación, cuando el Señor nos muestra nuestro pecado y nos enseña nuestra miseria, llegamos a ver lo que el hombre realmente es. Entonces comenzamos a vernos como realmente somos. Mientras permanecemos inconversos, no nos vemos así, pero cuando el Señor nos da un lugar en la escuela de la gracia, empezamos a ver la realidad de nuestra condición. Entonces, un pecador se reconoce realmente como un miserable y culpable pecador delante de Dios y, tocado por el Espíritu Santo, comienza a anhelar el Paraíso perdido, es decir, anhelar la comunión y la amistad con Dios. Se siente nostálgico, espiritualmente nostálgico, tal como el hijo pródigo que volvió en sí y se levantó para volver a su padre. Cuando el Señor nos da un conocimiento salvífico de nuestra miseria, no podemos permanecer como somos y donde estamos, pero entonces nos encontramos ante el abismo entre Dios y nuestra alma, y no sabemos cómo cruzar al otro lado.

¿Qué hace la gente al ser confrontada con su miseria? Bueno, piensan: “Dios es santo, y yo soy impío; estas dos verdades no pueden ir juntas, eso es imposible. Intentaré vivir una mejor vida en adelante.” Entonces, abandonan las cosas malas que hacían antes, abandonan sus caminos pecaminosos y, ¡oh!, sienten un profundo remordimiento. Si tan solo pudieran llegar a conocer a Dios, si tan solo pudieran decir: “¡Dios es mi Dios!” Hay en ellos un profundo anhelo de conocerlo. Así, se disponen a trabajar y mejorar sus vidas, y sí, pueden avanzar mucho al hacerlo. Con el cambio en su vida, llegan a ser ricos en vez de convertirse en pobres y humildes. Se sienten orgullosos de su conversión, su buena confesión, su lugar entre el pueblo de Dios. Tienen muy buenas intenciones y tienen la esperanza de que un día superarán todos sus pecados. Congregación, tales personas, en lugar de descender, ascienden a las alturas de la autojusticia hasta que (y ese es el significado específico del Domingo 2) la ley les cae encima en su sentido divino y espiritual. Entonces son puestas ante el espejo de la santa ley de Dios y son atrapadas por la demanda de esta ley, la demanda de una obediencia perfecta.

El apóstol Pablo dice: *“al venir el mandamiento, el pecado revivió y yo morí”* (Romanos 7:9). La ley causa que el pecador muera. Esto no es un asunto menor. ¿Alguna vez han estado junto al lecho de muerte de un ser querido? No es algo trivial, congregación, ver a alguien morir. Su cuerpo puede haberse debilitado mucho, pero aún lucha por no rendirse. La vida se opone a la

muerte. El hombre lucha contra ello. Lucha por permanecer vivo. Podemos notar eso en el ámbito de la naturaleza, pero espiritualmente no es tan diferente. No queremos rendirnos. Podemos haber experimentado mucho, y podemos haber recibido la instrucción celestial, pero cuando tenemos que morir (a nosotros mismos), luchamos contra ello; luchamos por permanecer vivos. Sin embargo, el Señor demostrará ser más fuerte. Él toma la lámpara de Su ley y la hace brillar cada vez más profundo en nuestro corazón, en los rincones más íntimos de nuestro ser, de modo que somos llevados a ver el pecado donde antes no lo veíamos. Entonces vemos pecado en nuestros pensamientos; sí, lo vemos incluso en nuestras oraciones, en nuestros esfuerzos más espirituales. Entonces, todo se convierte en pecado. *Nosotros mismos* nos convertimos en pecado ante los ojos de Dios. Oh, esa carga pesada, esa vergüenza profunda, cubre entonces nuestro rostro, ¡esa vergüenza de nosotros mismos! Nos hace clamar: “Señor, ¿puedo aún ser convertido a ti?”

¿Saben cuál es el resultado? El alma no está dispuesta a rendirse tan pronto. Así que, el pecador vuelve a Dios y le pide santidad para vivir una mejor vida. Él sabe: “He fallado completamente. No puedo vivir conforme a la ley de Dios. Pero quizá el Señor esté dispuesto a darme fuerza y ayudarme por Su gracia. Oh, si tan solo Dios me ayudara a vencer el pecado...” Entonces, nuestra oración se vuelve más ferviente. Y es nuestro clamor ferviente: “¡Oh Señor, dame fuerza y hazme santo!” Sin embargo, ¿qué hace el Señor? En Su gran sabiduría, Él retiene la fuerza que pedimos. Se lo puede comparar con Faraón, en la forma en que trató a los esclavos israelitas en Egipto. Con severidad, les exigía que hicieran la misma cantidad de ladrillos que antes, pero ya no les daba la paja necesaria. Ellos tenían que encontrarla por sí mismos. Fueron apresurados por sus duros capataces. La ley también es ese un capataz. La ley dice: “debes obedecer, y tu obediencia debe ser perfecta”. La ley no *provee* nada. La ley solo *exige y demanda*. Moisés nos pone debajo del látigo y no tenemos nada: no tenemos la paja, no tenemos santidad, y mientras tanto, Dios retiene toda fuerza de nosotros. Así nos volvemos cada vez más pobres, cada vez más débiles.

¿Por qué trata el Señor de esta manera con Su pueblo? No porque los odie, no porque los quiera molestar, sino porque los ama. Quiere hacer espacio para Cristo en sus corazones. No hay otro Nombre dado a los hombres en que podamos ser salvos. No hay otro camino. No hay otro fundamento para la salvación. Lo sabemos con nuestras mentes, es cierto, pero nuestros ojos están completamente cerrados a ello hasta que a Dios le plazca llevarnos a un callejón sin salida, hasta que nos lleve a un lugar donde perdamos toda esperanza de salvarnos por nosotros mismos y de ser justos por nuestras propias obras. Es por eso que el Señor trata con Su pueblo de esta manera. Quiere llevarlos a Cristo. Quiere hacer espacio para ese precioso Salvador, para Aquel que es el más hermoso de los hijos de los hombres, Aquel que es blanco y rubio, señalado entre diez mil (Cantares 5:10).

Congregación, podemos hablar mucho sobre Jesús, podemos cantar sobre Jesús y podemos contemplarlo como un Fiador y Mediador. Nuestra boca y nuestros labios pueden decir muchas

cosas. Sin embargo, no lo necesitamos hasta que nos perdemos, hasta que aprendamos no solamente que podemos perdernos, sino que estamos perdidos ante Dios. Por tal razón, el Señor ata cada vez más fuertemente la ley al corazón de Su pueblo y los hace morir más y más. Ahora, ¿cuál es esa demanda de la ley? Prestemos nuestra atención a nuestro segundo pensamiento.

Segundo pensamiento. La ley requiriendo amor.

Lo que la ley requiere es amor. En la Pregunta 4 leemos: “¿Qué pide la Ley de Dios de nosotros?” La respuesta es: “Cristo nos lo enseña sumariamente en Mateo 22:37-40: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas.*”

El resumen de la ley dada por el Catecismo es el mismo resumen que el Señor Jesús dio en Mateo 22. Nos insta a amar a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Es un resumen. ¿Por qué el Catecismo no presenta aquí los Diez Mandamientos mismos? La respuesta es dada por Pablo en Romanos 13:10: el amor es el cumplimiento de la ley. Más tarde, el Catecismo abordará los Diez Mandamientos de una manera más elaborada. El instructor dará una explicación extensa y profunda de cada uno de ellos. Esto será en la tercera parte del Catecismo: la parte que aborda la vida de gratitud, la vida de santidad o la vida de la santificación.

Sin embargo, el Domingo 2 menciona el doble mandamiento del amor: amor por Dios y amor por nuestro prójimo. Es a este mandamiento al que el Señor Jesús apunta. No era un nuevo mandamiento, como si hubiera borrado los mandamientos antiguos y traído algo completamente nuevo, algo que no se pudiera encontrar en el Antiguo Testamento. Ya en Deuteronomio 6:5 leemos: “*Amarás, pues, a Jehová tu Dios*”, y en Levítico 19:18: “*amarás a tu prójimo como a ti mismo*”. Así que las cosas dichas por Jesús en Mateo también se encuentran en el Antiguo Testamento. No es un mandamiento completamente nuevo. Lo que sí es nuevo en cuanto a ello es que *Él* lo dice y demuestra la *profundidad plena* de este. Él lo ejemplificó en Su propia vida, y lo expuso en su verdadero sentido. Él demostró toda la profundidad espiritual de este mandamiento.

Sabemos que los fariseos y escribas eran muy estrictos en cuanto a los Diez Mandamientos. De hecho, en su opinión, no eran suficientes. Ellos agregaron muchas reglas y regulaciones más, pero se olvidaron de los asuntos más importantes de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. En cuanto se tratase de la observancia externa de los Diez Mandamientos, ellos habrían obtenido, por así decirlo, la calificación más alta posible, un 100/100; pero en cuanto al amor, merecían la calificación más baja. No se encontraba amor en sus vidas. Y ahora Jesús dice: “Lo más importante es el amor”. Esa es la esencia del asunto. Ese es el tema en juego, a saber, el amor desde lo más profundo de su corazón. La pregunta no es en primer lugar: “¿Cuánto *hago* para el

Señor y cuáles son las cosas que hago?” La pregunta principal es: “¿Cómo lo hago?” ¿Es en el espíritu del salmista, que dijo: “*¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación*” (Salmo 119:97)? ¿Practicamos este amor en nuestras vidas?

Congregación, cuando el Señor Jesús dio un resumen de los Diez Mandamientos, Él no minimizó la ley; al contrario, la llevó a su máxima expresión. No la hizo indulgente ni flexible. Eso es lo que hacen los líderes de la iglesia liberal de hoy con la ley cuando abordan temas como la supuesta unión del mismo género, la eutanasia y el aborto (esa palabra engañosa para la práctica del asesinato de niños). Ellos dicen: “La Biblia es bastante antigua, y diferentes personas tienen diferentes opiniones acerca de ella, pero cuando uno demuestra tolerancia, amor y comprensión, entonces ha cumplido la ley.” ¿Cómo pueden decir eso? ¿Es amor cuando la ley de Dios es pisoteada? ¿Es amor cuando se derrama la sangre de los niños aún no nacidos? ¿Es acaso amor cuando los niños no están seguros en el único lugar —el vientre de su madre— donde deberían estarlo? El verdadero amor es algo diferente. El verdadero amor nunca está en contra de los mandamientos de Dios, de Sus estándares de santidad, o de la santidad de la vida. No hay palabra más mal utilizada que la palabra “amor”. Se la escucha en todas partes: en las calles, en la música, en las canciones, pero, en su mayoría, lo que se oye no tiene nada que ver con el amor verdadero. Lo que *nosotros* llamamos amor, usualmente, es interés propio y pasión, un sentimiento que está orientado hacia nosotros mismos, *nuestros* deseos y nuestra satisfacción. Es amor propio, autoconservación y nada más; pero es completamente distinto al sentido bíblico de la palabra. Solo tenemos que leer el hermoso capítulo de 1 Corintios 13 y veremos la diferencia.

“¿Qué pide la Ley de Dios de nosotros?” En primer lugar, amar a Dios sobre todas las cosas. Eso es lo primero: amarlo con nuestro corazón, el centro de nuestro ser; amarlo con nuestra alma, el asiento de nuestros sentimientos; amarlo con nuestra mente, nuestra facultad de pensamiento; sí, amarlo con todo nuestro poder y fuerza. Este es el primer y gran mandamiento. A Asaf le fue dado practicarlo cuando dijo: “*¿A quién tengo yo en los cielos? Y fuera de ti nada deseo en la tierra*” (Salmo 73:25).

¿Practican esto en sus vidas también, querida congregación? Eso es lo que el Señor exige. Esta es la esencia del asunto. Incluso en nuestra vida natural y familiar, el amor es esencial. Cuando falta el amor, uno puede intentar hacer mil cosas, pero ya no funciona. Todo se estanca y se descompone. Así es también con el servicio del Señor. Cuando no hay amor, cuando no hay ni siquiera una migaja de amor, entonces todo resulta difícil. El hombre comienza a quejarse de que la carga de la ley es demasiado pesada. Los jóvenes comienzan a quejarse de que nunca pueden hacer nada. ¿Por qué sucede esto? Porque no hay amor. El Gran Padre de la Iglesia Agustín una vez dijo: “Ama a Dios, y haz lo que quieras”. Ciertamente, se puede malinterpretar muy fácilmente sus palabras. ¿Quiso decir Agustín que somos libres de hacer lo que nos plazca, o que la *letra* de la ley no es importante siempre que intentemos vivir según el *espíritu* de la ley?

Si usted entendió esto, entonces no entendió nada. Entonces nunca ha sentido el poder del amor de Dios. Su amor derrite el corazón, transforma la vida y cambia la voluntad. El hombre ya no es el mismo; ahora desea hacer lo que Dios quiere que haga. Intentará hacerlo, aunque no pueda hacerlo de una manera digna del honor de Dios. Su oración, por tanto, se convierte en: “Señor, enséñame tu voluntad. Oh, Dios, haz que ande en tus caminos”.

El segundo requisito de la ley es amar al prójimo como a uno mismo. ¿Quién es su prójimo? Puede comenzar en casa: es su hermano, su hermana, su padre, su madre (si aún los tiene), su esposo, su esposa. También puede pensar en sus suegros y, no lo olviden, sus compatriotas y el extranjero, “el forastero dentro de sus puertas”. Su prójimo no es solo su amigo, sino también su enemigo. Es aquel hombre o mujer, aquel niño o niña, que hace difícil su vida y añade una gota amarga a la copa que le ha tocado beber. En el Sermón del Monte, el Señor Jesús dijo que, si solo saludan a sus amigos, ¿qué hacen más que otros? ¡Incluso los publicanos lo hacen!

Tenemos que amar a nuestros prójimos como a nosotros mismos. Este mandamiento a veces se llama “la regla de oro”. El Señor Jesús no lo formula en su forma negativa. No dice: “No hagas a otros lo que no deseas que hagan a ti”. Lo presenta en su forma positiva: “Las cosas que quieres que otros te hagan a ti, hazlas a tu prójimo”. ¿Practican esto?

Oh congregación, no tenemos razón para felicitarnos. Es digno de alabanza si nunca hemos asesinado a nadie. Pero, en realidad, es Dios quien bondadosamente nos restringe de hacerlo. No es nuestra propia bondad y tampoco es evidencia de que realmente amemos a nuestro prójimo. El Señor Jesús dice: “*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Mateo 22:39). ¿Es eso una descripción de su vida? ¿Ha demostrado amor de la manera que Dios lo exige en el resumen de la ley? Él *puede* exigirlo, ¿no es así? Él *debe* exigirlo. Dios no puede quedar satisfecho con menos. No puede pasar por alto Su propia ley, Su propia santidad.

¿Comprenden ahora que los hijos de Dios comienzan a morir espiritualmente cuando son puestos ante el espejo de la ley de Dios? Les hace clamar: “¡Soy carnal! ¡La ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido al pecado!” ¿Entienden ahora que, tarde o temprano, los hijos de Dios se lanzan por la borda y naufragan cuando son confrontados por la ley de Dios? Oh congregación, a la luz de esta ley, incluso perdemos la máscara de nuestra piedad fabricada. Entonces no tenemos nada, nada excepto culpa, y nuestras mejores obras se convierten en trapos de inmundicia. Recuerden, Dios no puede pasar por alto Sus exigencias. Él dice: “*Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas*” (Gálatas 3:10). Cuando esto es atado a nuestro corazón, nuestra confesión sincera es la misma que cantaremos ahora juntos del Salterio 140, estrofas 1, 2 y 3.

* * * * *

Tercer pensamiento. La ley en conflicto con nuestra vida.

Congregación, la última pregunta es: “¿Puedes cumplir todo esto perfectamente?” La respuesta es: “No; porque por naturaleza estoy inclinado a aborrecer a Dios y a mi prójimo.” ¡Cuán triste es esto! Por naturaleza, estoy inclinado a aborrecer a Dios y a mi prójimo. Dios es plenamente digno de ser servido, y estamos obligados a guardar sus mandamientos, pero no podemos cumplir Su ley.

“¿Puedes cumplir todo esto perfectamente?” No dice: “¿*Has* cumplido todo esto perfectamente?”, ni: “¿Has vivido de acuerdo con todos los mandamientos de Dios?” Sabemos que no lo hemos hecho. También sabemos que no *podemos* hacerlo. Por lo menos, lo sabemos con nuestra mente, pero muy en lo profundo de nuestro corazón, mora aquel joven rico que dice: “*Todo esto he guardado desde mi juventud*” (Mateo 19:20). Sin embargo, si aún conservamos algún vestigio de la verdad, sabemos que no podemos cumplir los mandamientos de Dios. Por eso, podríamos estar inclinados a decir: “Fallo en muchas maneras”.

Sin embargo, la respuesta en nuestro Catecismo es mucho más fuerte. Dice: “No; porque por naturaleza estoy inclinado a aborrecer a Dios y a mi prójimo.” ¡Qué respuesta tan ofensiva para el hombre moderno, ya sea secular o religioso! Es una respuesta que incluso ha irritado a muchos llamados creyentes evangélicos. Según ellos, aquí el Catecismo es demasiado oscuro y pesimista. Muchos conceden que hay una inclinación al mal en el corazón del hombre, pero todavía sostienen que hay también una inclinación al bien. En otras palabras, si un niño es criado en el ambiente más favorable, todo resultará mucho mejor en su vida. Quizá tales pensamientos cruzan por sus mentes también cuando leemos el Catecismo de Heidelberg o escuchamos que el hombre está “inclinado a aborrecer a Dios y a [su] prójimo”.

He escuchado de un niño que se sorprendió al escuchar esta verdad. Su madre solía leer *La Historia Bíblica para Niños* después de cada cena. Le encantaba escuchar las historias de la Palabra de Dios y a menudo oraba por un corazón nuevo. De hecho, pensaba que estaba más dispuesto a recibir tal corazón que Dios a dárselo. Un día, su madre leyó un pasaje en el cual el escritor de este libro se dirigía solemnemente a los niños, y decía: “Niños, ustedes no aman a Dios, sino que lo odian”. El niño estaba profundamente conmovido. ¿Odiaba él a Dios? No, esta vez se equivocó el escritor piadoso, creyó. Sin embargo, pasaron algunos años y el niño se convirtió en un joven que manifestaba la enemistad con Dios en su corazón a través de una manera mundana de vivir. Después de todo, ¿tenía razón el escritor!

Por naturaleza, estamos inclinados a aborrecer a Dios y a nuestro prójimo. ¿También a usted le resulta difícil creer esto? Parece que aún hay mucha gente que ama la paz y ayuda a sus prójimos, personas que al parecer sirven a Dios y a la causa de Su reino. ¿No demuestra esto que el hombre es bueno? No, solo revela que *Dios* es bueno. En Su bondad común, Él todavía restringe le

maldad que mora en el corazón del hombre. Si Dios no lo hiciera, el mundo se convertiría en un infierno. Joven, si Dios no mantuviera Su mano sobre usted, se convertiría en una bestia y viviría como tal. Es la bondad común de Dios, esa bondad que restringe, la que impide que todos los pecados acumulados en nuestro corazón se manifiesten y salgan a la luz. Dios aún es bueno. Pero la Biblia declara claramente que *“el intento del corazón del hombre es malo desde su niñez”* (Génesis 8:21) y que *“engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso”* (Jeremías 17:9). La maldad que hay dentro de nosotros puede no haber levantado aún su horrible cabeza, pero sigue allí. Niños, si ustedes van a un zoológico, pueden ver leones y osos. ¿Tienen miedo de esos animales salvajes cuando los ven en el zoológico? No, porque están encerrados tras las rejas. No pueden escapar. Un pequeño león puede parecer incluso inofensivo e inocente, especialmente cuando está dormido. ¡Pero esperen hasta que ese animal despierte! ¡Esperen hasta que las rejas se rompan y ese león u oso salga de su jaula! Así es el pecado que mora en el corazón del hombre. Puede parecer dormido, pero puede despertarse en cualquier momento. Puede que haya algunas rejas manteniendo al león adentro —la reja de la opinión pública, por ejemplo, o la reja de nuestra conciencia— ¡Pero esperen hasta que esas rejas se rompan! ¡Entonces el hombre se convertirá en un depredador!

La Palabra de Dios nos dice que odiamos a Dios, que estamos llenos de odio y que nos odiamos unos a otros. Y no solamente la Biblia lo afirma; los periódicos y otros medios también lo confirman. Pensemos, por ejemplo, en las guerras y atrocidades que se cometen alrededor del mundo. Reflexionemos sobre el abuso infantil y la violencia doméstica. Todo lo que sucede día tras día es terrible. Estas cosas nos revelan que, por naturaleza, estamos inclinados a aborrecer a Dios y a nuestro prójimo. Supongamos por un momento que la policía se declarara en huelga por una semana y que no hubiera policías en las calles. Nuestra sociedad se convertiría en un caos, ¿no es así? El hombre está "inclinado por naturaleza a aborrecer a Dios y a su prójimo".

¿Aplica esto a nuestra vida personal y familiar también? Sí. Puede que haya, todavía, paz exterior y cierta convivencia, pero esperen hasta que suframos una injusticia; esperen hasta que, por ejemplo, seamos estafados financieramente. Nuestro corazón es como un barril de pólvora: solo necesita una pequeña chispa para explotar. Los resultados son a veces desastrosos. Las amistades se rompen para siempre, los lazos familiares se cortan de forma definitiva, y hay personas que ya no quieren verse más. ¿No es cierto? ¿Tienen pensamientos más altos y mejores de sí mismos? Entonces vengan y vean lo que sucedió en el Calvario. Miren lo que se le hizo al Salvador, al Único que nunca cometió injusticia, el Único que siempre amó a Dios y bendijo a Su prójimo. Miren el cuerpo mutilado del amado Hijo de Dios colgando en la cruz. ¡Esto es obra *suya* y obra *mía*! Nadie puede decir: “Mi mano no estuvo involucrada en ello; yo soy neutral”. Nosotros asesinamos al Hijo de Dios. Asesinamos a nuestra propia salvación. Estamos inclinados a aborrecer a Dios y a nuestro prójimo.

No hay nada entre el amor y el odio, congregación. Podemos pensar que la indiferencia es el punto medio entre ambos, pero la indiferencia es, quizás, incluso peor que el odio. La peor cosa que el hombre puede hacer es ser indiferente e ignorar a Dios. Esa es una forma fría de odio. Así que, estamos inclinados a odiar a Dios y a nuestro prójimo.

Si Dios, por su gracia, nos hace honestos, estaremos completamente de acuerdo con esto. Inclinaremos nuestra cabeza en vergüenza y diremos: “Sí, lo que se ha predicado es verdad. He visto una imagen de mí mismo hoy”. Nuestra confesión será: “Yo, también, más que los demás, estoy inclinado a aborrecer a Dios y a mi prójimo”. Esta no es la confesión del hipócrita. El hipócrita tiene pensamientos más altos de sí mismo. Esta es la confesión de alguien que ha recibido luz para mirarse en el espejo de la ley; de alguien a quien le ha sido revelada la corrupción de su propio corazón por la obra del Espíritu Santo.

Congregación, debemos concluir. Hemos considerado la ley como un espejo para mostrarnos nuestra miseria. ¿Han podida verla? ¿O no la han visto? Si usted se encuentra en un cuarto oscuro, puede ponerse ante un espejo pero no verá nada. Necesita luz para ver su cara sucia y su ropa desgarrada. Nosotros también necesitamos luz —la luz del Espíritu de Dios— para ver lo abominable de nuestro ser y lo desesperado de nuestra situación. Oh, rueguen al Señor por esto y pídanle que les muestre quiénes realmente son. La ley sigue siendo leída en la iglesia, explicada por Sus siervos, oída en casa y enseñada en nuestros colegios.¹ Que el Señor la use para ponerlos de rodillas. Oh, no sean como aquella persona mencionada en Santiago 1, que vio su rostro natural en el espejo, pero se fue y de inmediato olvidó lo que había visto. Pídanle al Señor por una obra de gracia salvadora en sus corazones.

¿Hay gente aquí que ha llegado a ver algo de esto? No queremos darles descanso fuera de Cristo. Sin embargo, si realmente ustedes han llegado a ver un poco de su condición perdida, si han quedado hechos pedazos y solamente les queda un corazón contrito y un espíritu quebrantado, casi querría felicitarlos. Estoy inclinado a decir: “Ustedes son personas altamente favorecidas”. Pidan al Señor que aumente sus convicciones. Pídanle por la luz que descubre, para que pierdan toda propia obra y haya espacio para Cristo como el único Salvador. Sin una obra profunda y adecuada de la ley, no atesoraremos el evangelio, y nuestra gratitud no será nada más que una religión autoimpuesta y un legalismo estéril.

¿Cómo se concede la gracia a un pecador? ¿Dónde se recibe la gracia? En los días de la Revolución Francesa, la gente era decapitada bajo la famosa guillotina. Tenían que colocar su cabeza sobre un bloque, y luego una gran cuchilla caía para decapitarlos. ¿Dónde concede Dios Su misericordia? ¡Bajo la cuchilla de la ley! ¡Oh, donde un pecador puede implorar por misericordia y perder la batalla! ¡Donde su boca es cerrada y es llevado a colocar su cabeza sobre

¹ El autor menciona los colegios cristianos privados, una característica común de las comunidades reformadas en los Países Bajos y América del Norte.

el bloque! ¡Donde dice: “Señor, en Tu juicio eres justo y en Tu sentencia recto”! Allí es donde los enemigos son reconciliados con Dios por medio de Aquel que cumplió con las demandas de la ley y llevó la maldición de la ley. Ah, contemplar a Cristo humilla aún más el alma. Entonces el honor de Dios se levantará del polvo, y solo quedará una cosa: *“El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, y riquezas, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y alabanza”* (Apocalipsis 5:12). Amén.

Salterio 111:4